

CUENTO N° 285

TÍTULO: LEVÁNTATE Y ANDA

SEUDÓNIMO: RENATA LORENZINI

AUTORA: GRACIELA DOLORES OSSES BARRAZA

LEVÁNTATE Y ANDA

(“LÁZARO, LEVÁNTATE Y ANDA, QUE DIOS TE QUIERE VIVO”.)

Escuché por ahí que a cierta edad todo empieza a caer, incluso la cara. Me surgió la inquietud de mirar mi rostro y en cuanto llegué a casa, lo hice. Me miré, pero no de la forma distraída con que lo hago diariamente, siempre pensando en otra cosa, visualizando apenas donde pasar la peineta y echar la sombra de ojos. No, esta vez me observé con atención, como en mis tiempos de juventud, cuando se piensa que de lo físico depende el amor, el éxito, la vida.

¿Qué había cambiado en mi rostro con los años? Algunas débiles líneas en la frente, aparecieron muy paulatinamente en la última década, junto con unas manchitas oscuras cerca de las sienes; en pago supongo, de las irresponsables tostaduras veraniegas a las que sometí mi piel hasta pasados los cuarenta.

Ahora, ¿qué delataba en mí, a simple vista, la mentada tercera edad? Reviso la circunferencia más importante de mi carta de presentación física y descubro por fin, lo que llaman “una cara caída”: Me sobra piel hacia abajo, en el contorno, como si algo pesado empujara mis mejillas más allá de lo que es correcto, de lo que se exige para conservar la belleza en una sociedad exitista, basada en apariencias.

Sin dudas había perdido el perfecto arco de mi rostro y el pellejo, irremediadamente, empezaba a colgar, como en otras partes de mí, desde luego. Solo que esas partes se pueden subir o esconder, con prendas de vestir.

Si a mis treinta años hubiera sabido que también yo, igual que todas “las que íbamos a ser reinas”, terminaría con la cara caída, seguramente habría llorado. (¡Somos tan simples y tontas en la juventud!).

Hoy, frente a este descubrimiento irrefutable de mi espejo, sonrío con ternura a estas gualetitas que se van cayendo como que no quiere la cosa, a los costados de mi barbilla, podríamos decir, como pera con hojitas.

Lejos del llanto, es bueno saber que voy envejeciendo, porque me vaticinaron que en la vejez sería millonaria y tendría propiedades. Espero que la tarotista no se haya referido a los diecisiete millones del subsidio habitacional que por fin me gané y que “las propiedades” no sean esta casa que arriendo, ni la casita que me estoy comprando con el ds1 más el préstamo que me hicieron mis amigas Virginia y Zulema.

Llaman pichoneras a estas viviendas sociales que están pegadas al aliento de otras familias por los dos costados. Nunca pensé que terminaría viviendo en una de ellas, porque no me parece muy digno, escuchar ni que escuchen tus intimidades, personas ajenas; pero hay que aguantar no más, qué se le va a hacer. A fin de cuentas, la penúltima vez que postulé y me rechazaron, lloré casi tanto como hace años, cuando me arruiné y perdí mi negocio y mi casa. El negocito no era una tremenda empresa, pero con él me ganaba el pan sin humillaciones y con holgura.

Mi casa tampoco era un chalet, pero no era apéndice de ninguna otra y tenía un gran patio adónde ladraba y corría a sus anchas mi Terry. Tenía pensado estudiar leyes en alguna universidad de Valparaíso, e ir ampliando la casa de a poco, como se pudiera. En ese tiempo yo podía bastante; trabajaba 15 horas diarias, de lunes a lunes; cerraba solamente para renovar mercadería y para ir a la misa de domingo. En realidad me autoexplotaba, pero no lo resentía porque era la esperanza de un futuro mejor, lo que me sostenía. Tanto trabajo y tanto cansancio, no me dejaron ver el robo hormiga que me hacían personas de mi confianza, hasta que el hormigero dejó un forado imposible de tapar y lo perdí todo.

Bueno, eso fue lo que creí, que “lo había perdido todo”. Me fui de la región endeudada y sola. Conocí al gran amor de mi vida en La Serena, y cuando él sufrió un accidente y falleció, supe que hasta entonces, no sabía lo que significaba una pérdida. (Tampoco, que sufriría mi segunda resurrección).

Quizás sea un poco exagerado comparar el llanto de mi muerte material, con las lágrimas desesperadas que me chorrearon la cara el año pasado, cuando no me alcanzó el puntaje y me rechazaron en la penúltima postulación, como dije antes; la angustia que he guardado durante tantos años, desde que perdí mi casa, y he andado de un lado para otro como quiltra sin amo, creo que reventó la muralla de piedra que lo contenía y que se encostró dentro de mí, para no deshacerme, de tanta tristeza y lágrimas que he venido aguantando, aferrada a Cristo y a la Virgen.

Creía que con el subsidio podría comprar esta casa, donde vivimos, en este barrio apacible y cercano al colegio de los niños...Creí que acabaría la angustia que me

estrangula las tripas, al pensar adónde viviríamos si me piden la casa. Esta casa que además nos entrega el sustento diario porque ya todos saben de mi pancito amasado, de los calzones rotos y las empanadas domingueras...pero no hay crédito hipotecario para mi edad. Y allá, lejos de mis vecinos que cantan himnos cristianos, de la Clarita que toma la presión de puro buena gente, de la señora Dorita que junta y regala todo lo que puede a los inmigrantes, a don Memo que arregla las bicicletas...allá, lejos de todo, con una muralla pegada al matón del pasaje, me está esperando la única vivienda que pude comprar con el ansiado subsidio,

Me gustaría estar alegre y agradecer a Dios por este regalo de la casa propia, pero me han dicho que en esa Villa se escuchan balazos y los hijos de la señora del frente, asaltaron un minimarket...

Tengo miedo de vivir allá con mis niños; no sé siquiera si podré vender el pancito, las empanadas...

A veces me gustaría tomar algo, dormir y despertar en el país de nunca jamás.

“Lázaro, levántate y anda”, me ordena la misma voz que me ha resucitado otras veces, sin saber por qué o para qué Dios me quería viva, en esos oscuros tiempos de pérdidas y soledad.

Cuando murió mi vecina María Azócar, madre de Juanito y Jennifer, le pedí a Dios que metiera mi cuerpo al ataúd y devolviera a María con sus hijos. No me escuchó e hizo caso omiso de la vergüenza que me daba el sentimiento de fracaso y vacío de mi vida.

Ahora, no puedo rendirme. Aquí, frente al espejo, reconociendo mis indicios de vejez, como si fueran condecoraciones de tantas batallas, sé que no me puedo rendir, porque el espejo también me está mostrando la sonrisa de mis niños que hacen piruetas a mis espaldas, confiados en que no me doy cuenta; confiados en que si los pillara riendo de mí, sería chistoso; porque ya comprendieron que los quiero como si los hubiera parido; porque son la gran recompensa de mi vida, el regalo que me dejó mi hermana menor, fallecida en un accidente, junto a su esposo. Y sobre todo, son la fuerza que me mandó Dios, para que me levante cada día, sonriendo a la vida.

Que se me caiga la cara de vejez, pero no de vergüenza por no haber sido capaz de enfrentar la vida ni de proteger a los hijos de mi sangre. A fin de cuentas, ya tengo casa propia. Resistiremos cinco años más vendiendo pancito amasado y calzones rotos. Después, cuando el SERVIU levante la prohibición, venderé esta, que llaman “pichonera social”, y nos iremos al campo con una linda casa prefabricada, a criar gallinas y vacas.

“Lázaro, levántate y anda”, que la vida brota, se limpia y renueva en los ojos buenos de los niños; estos niños míos, que son la respuesta de Dios para mi vida.